
FÁBRICA

Ó CONSTRUCCION DE UNA IGLESIA.

Véase: CARIDAD PARA LA FÁBRICA, y BENDICION DE UNA IGLESIA.

FALTAS LEVES; véase: FIDELIDAD, y PECADO VENIAL.

FAMILIA.

I.

Sacramentum magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia.

Sacramento es este grade, mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia.

(EPHES. v, 32.)

La Iglesia, carísimos hermanos, no se cansa de reclamar vuestra solicitud y caridad, porque la miseria física y moral no se cansa tampoco de andar por el mundo y de afligir á la humanidad. Lo mismo que en el seno de la naturaleza vemos una fuerza destructora, que obra y se mueve continuamente, y una fuerza conservadora, que viene en pos, y que á cada ataque dirigido á la vida de las cosas, procura remediar el mal; así sucede en el seno de las naciones. Hay en los pueblos, cualquiera que sea su grado de poder y de civilizacion, una fuerza terrible y destructora, que no perdona ninguna clase, que asesta certeros golpes al seno de las cosas que creemos más santas y mejor consolidadas. Y á fin de que el orden y la vida se mantengan entre nosotros, conviene que la Iglesia, madre de los hombres, ponga

008539

á sus hijos en movimiento, para que conserven lo que el enemigo ataque, restauren lo que destruya, reparen lo que aje; en una palabra, para que mantengan firme, incólume, la obra de Dios, con sus caracteres de grandeza, estabilidad y santidad; y para que, sea cual fuere el poder del mal y del demonio, la mano de Dios, siempre presente y siempre visible en medio de sus criaturas por la fé, la esperanza y la caridad, conjure á todos los enemigos reunidos, que atentan á nuestra felicidad actual y á nuestra felicidad eterna. Insensatos fuerais, pues, vosotros, que sois buenos, si no secundaseis los esfuerzos de la Iglesia, como ella seria culpable de traicion para con vosotros y el mundo, si callase, si á cada mal que advierte, no reclamara vuestro concurso.

Yo vengo hoy, hermanos míos, á proponeros, que vengais al auxilio de un mal grave, muy grave. Vosotros no ignorais, que la familia es el mayor bien creado y el hecho humano más santo; de aquí se desprende naturalmente, que lo que tiende á destruir ó á falsear la familia, es un gran mal y un gran crimen. Pues bien, la familia, en nuestros días, es atacada con escritos y con hechos, y vosotros podeis con palabras, y todavía más con vuestra conducta, contribuir á salvarla. Yo no dudo que secundareis los deseos de la Iglesia, cuando os haya demostrado lo que es la familia. Tal vez no habeis nunca bien ponderado todo lo que significa esta palabra. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En primer lugar, la familia es la vida. Cuando Dios, padre de la vida, hubo sacado al mundo de la nada, plúgole detener en su diestra el manantial de vida y cerrarlo para el resto de los tiempos; esto es, lo cerró, no creando nada más, á lo ménos, en el orden de las cosas sensibles. No se crea que lo hizo por avaricia, por una sórdida economía de la vida, que es en él un océano sin fondo ni orilla; sino porque entre los dones que queria concedernos, contábase también el mismo don de dar la vida. Complaciase Dios en decir al hombre, que acababa de formar: Ahora, oh hombre, que eres un sér viviente, inteligente, podrás, como tu padre, invocar la vida, la sacarás de un acto de tu pensamiento, de un acto de tu voluntad, de un acto de tu amor; tú serás padre como yo; y tomando en tus brazos santos y bendecidos una familia nacida de tí, así como tú eres familia mia, así tú mirarás tu alma en el alma de tus hijos, y rogarás delante de mí con el clamor sublime de la paternidad.

La familia es la educacion. La vida del cuerpo, por grande que sea, no es toda la vida, es una vida á medias. Hay otra vida que la

del cuerpo: la vida del alma, de la que la familia es también depositaria é instrumento mediante la educacion. El alma nace con facultades, pero con facultades que no funcionan; es preciso que intervenga la mano de los padres, y que su alma se comunique al niño. La educacion, este desarrollo del alma en la luz, le dá la rectitud y la generosidad. Luz, rectitud, generosidad, todo eso puede desaparecer, tomar una mala direccion. Es preciso que los padres guien á sus hijos por la senda recta, y que ántes de llegar á la plenitud de su desarrollo, les auxilién, les conduzcan, los hagan crecer, como arbolillos que extienden sus ramas, no hácia la tierra, sino hácia el cielo.

La familia es también el trabajo. ¿Quién de nosotros, hermanos míos, cumpliría la gran ley del trabajo con persistencia, con valor, si no tuviese, si nosotros nouviésemos (digo nosotros, porque tenemos una familia espiritual, como vosotros una familia temporal); si nouviésemos que transmitir el fruto de nuestro trabajo, si nuestros días se limitasen á nuestros días? ¿Necesita tan poca cosa el hombre para sí, para su tiempo! Pero teniendo siempre presente la familia, no se cansa de trabajar; pone á usura todos sus sudores, todos sus gemidos, sus lágrimas todas, porque sabe que hay almas que le reclamarán todo eso: sabe que sus trabajos no serán perdidos, y que, muerto y sepultado, habrá todavía corazones que serán sensibles á la memoria de sus fatigas, que le bendecirán, que dirán, al atravesar el campo adquirido á costa de tantas penas é inquietudes: Es el campo de mi padre.

La familia es así mismo la propiedad. La propiedad no existiría si no pudiese transmitirse, y no es trasmisible sino porque tenemos á quien trasmitirla. También es la gloria. Algunos hombres, hermanos míos, raramente dispersos en el horizonte de las edades, tienen la facultad de crearse una gloria personal, de ahogar, en cierto modo, en su propia grandeza, el recuerdo de sus antepasados; pero la oscura y tranquila gloria de la multitud está en la tradicion de honradez, que subsiste en el seno de las familias. Nuestra gloria es el legado de una sangre sin mancha: es nuestro padre, nuestro abuelo; es el nombre que recibimos en las calles de nuestras ciudades, cuando al vernos los viejos, nombran aún al que fué nuestro padre, á la que fué nuestra madre, y ven en su posteridad un destello de sus beneficios, de su vida edificante, cuya memoria conservan. La familia es, pues, toda nuestra gloria para la mayoría de nosotros; y los que adquieren otras glorias, una de sus grandes dichas es precisamente poderlas transmitir con su nombre á la familia que vendrá tras

ellos, y heredará todo el prestigio que rodeaba su nombre, que lo rodeará aún por mucho tiempo.

Finalmente, la familia es la alegría. ¡Ah! ya lo sabeis, carísimos hermanos, la alegría es muy rara fuera de la familia! ¿Qué es la alegría de los legisladores? ¿Qué es la alegría de los grandes? ¿Qué es la alegría de los guerreros en el campo de batalla?... Nuestra alegría, hermanos míos, está en el pequeño círculo que llamamos familia, hogar doméstico. Después de un largo día de trabajo ligero ó duro, el hombre, libre, por fin, de la toga, de la espada, ó del arado, se sienta y mira á derecha é izquierda, y ve ojos que le buscan, manos que estrechan la suya, un algo santo, natural, cordial, que jamás se extingue y siempre se repite. Los mismos rostros que envejecen con el suyo, los jóvenes que crecen, mientras él decrece, todo eso es la familia: y si nouviésemos eso, hermanos míos, ¿qué sería nuestra vida? ¿Cuál fuera nuestro contento?

La familia es, pues, la vida, la educación, el trabajo, la propiedad, la gloria, la alegría, y por eso, como nuestro Señor Jesucristo quería regenerar el mundo y necesitaba hombres que abdicasen los goces naturales, á lo ménos, hasta cierto punto, hacíase en su corazón de padre y de amigo esta grande objecion: «Si á los míos, á mis apóstoles, á los mártires, les quito la familia, ¿qué les dejaré, pues? ¿Yo? ¿Dios, mi padre? ¿El Espíritu Santo? Si; esta es la gran familia, la familia comun, eterna; pero esta familia aún no es visible. ¿Acaso puedo, yo que les amo, dejarles huérfanos? ¿Acaso puedo dejarlos sin familia, después de pedirles el sacrificio de la familia?» Y entonces les dijo estas palabras, que se han realizado: «Quien dejare á su padre, á su madre, á su hermano, á su hermana por mí, hallará un padre, una madre, un hermano, una hermana.» Nosotros lo hemos dejado y abandonado todo, sin exceptuar á nuestros padres, pues debemos encontrar en la familia espiritual lo que se nos ha prometido.

2. Por consiguiente, la familia lo es todo para nosotros, hermanos míos; la familia es el mayor, el colmo y la reunion de todos los bienes creados. Pero ¿cómo se produce la familia? ¿Cómo pudo Dios crearla? ¿Cuál es su origen? ¿Cuáles son sus leyes? Parece muy sencillo decir: ¡una familia! Y es verdad: hay en la familia algo muy sencillo, y es su primer principio, el corazón del hombre. La familia no viene de los sentidos; los sentidos solo agotan su fuente. La familia tampoco viene de la inteligencia; la inteligencia es un astro solitario que no necesita unirse; tal vez desea hallar tierras sombrías donde arrojar los rayos del pensamiento con aquella especie de orgullo propio de la luz; pero la inteligencia no crea la familia. El sábio en su

gabinete, con las tradiciones del pasado en los libros, investigando profundamente los secretos de la naturaleza, no cree tener necesidad de otra cosa que de la inteligencia que en él brilla, y del objeto natural que con atención examina. En nosotros hay algo mejor que los sentidos, mejor que la inteligencia, más puro, más perfecto, más comunicativo, que se parece verdaderamente á Dios; es el corazón, con sus afectos. Los afectos son el principio de la familia, son la necesidad de no vivir solo; los afectos son la necesidad de vivir en otro; los afectos son la necesidad de darse enteramente para que nuestra vida se funda con otra. ¿Y por qué semejante necesidad? ¿Por qué no podemos vivir sin amor, sin darnos, sin sacrificarnos? ¿Por qué nos es tan cara la copa del amor, donde hay tantas lágrimas y tanta sangre? ¿Por qué? ¿Y qué importa saber por qué? Nosotros la amamos, la bendecimos; y cuando alguno ha tenido un solo día esa copa, y ha bebido, no puede desprenderse de su embriaguez; se ha entregado, ha amado, se ha sacrificado, ha comprendido que el corazón es toda la vida, y que podía sacrificar la inteligencia y los sentidos cuando amaba.

No me habéis de dar luz, ciencia á todo el mundo! No me habéis de dar bienes terrenales! No me habéis de derramar la riqueza! La riqueza del hombre, hermanos míos, está viva en su corazón. Con tal que haya cada día un pedazo de pan en la mano extendida hácia Dios y hácia el hombre, con tal que su trabajo baste para darle este pan, ¿para qué queremos todas las ciencias de este mundo? ¿para qué todos los objetos de interés? El corazón queda con el amor; es la gran mesa á que nos ha convocado el padre de familia, la mesa que no falta sino á los indignos de ella. Pero sabed, hermanos míos, que el afecto es grave, más grave de lo que creéis. El afecto es la unidad y la indisolubilidad. Quien ama, ama para siempre; ama á uno solo, sobre todo. Dios mismo, el Dios que se llamó celoso, nos dijo en el Sinaí, y más tarde en el Calvario: *Ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes*: Yo soy vuestro Dios, vuestro Dios celoso. Soy celoso, porque soy el amor por esencia, y quiero que me amen con todo corazón, con toda alma, con todas las fuerzas, y sobre todo: y quien no me ame así, no alcanzará la gloria. Y al mismo tiempo que se reservaba la unidad é indisolubilidad, que forman la familia espiritual de las almas, al mismo tiempo, pero en segundo grado, nos daba la facultad de amar siempre á una sola persona. Algunos pueden sonreirse á esta sencillez del Evangelio. Los que han faltado tantas veces á sus juramentos, los que han amado con poca constancia, creerán que hablo de quimeras; pero los hombres sencillos, pobres, estrictamente